

Para A., M.C., I. y P.

EN NUESTRA FAMILIA PARECÍAN COSA APARTE, PERO PARTICIPABAN de un ritual que venía repitiéndose año con año. A la tía Pilar y al tío Samuel sólo los veíamos en las fiestas familiares y en los acontecimientos de la comunidad, excepto por ese único día impreciso de cada año que comían en la casa y pese a que mi padre y el tío trabajaban en el mismo hospital. Mi padre lo estimaba y hablaba de él con un respeto inusual; sin embargo, había algo en esa pareja, que rozaba los cincuenta años, que los hacía inaccesibles para mis padres: hablaban de la guerra y del exilio en Odesa.

Mi tío era canoso, delgado y de rostro anguloso; mi tía Pilar era española y pese a todo la considerábamos uno de los nuestros. Era menuda, vivaz, de ojos oscuros y piel amarfilada; aún conservaba un cutis terso que la hacía aparecer más joven de lo que era. El día que venían a la casa se improvisaba una celebración y nadie se retiraba de la mesa hasta muy tarde. Se comía y se bebía, pero sobre todo se reía abundantemente; los tíos hablaban de una época que para mis padres había dejado de existir casi por decreto. Ellos normalmente hablaban poco de sí mismos; su fatigosa vida rutinaria daba la sensación de que estaban siempre puliendo y quitando el polvo de algo ya muy lejano. Mis hermanos y yo, acostumbrados a esa actividad silenciosa que lo limpiaba todo, jugábamos y raras veces escuchábamos lo que nos decían y lo que decíamos realmente. Sólo cuando venían los tíos, nuestros oídos parecían absorberlo todo, a tal grado que se convertían también en nuestros ojos. No escuchábamos todo lo que decían, que eran casi siempre las mismas anécdotas, veíamos transcurrir la historia de ambos tras sus palabras y el hecho de que pronto rieran al recordar el absurdo de sucesos muy dramáticos, los rodeaba de un aura inaccesible.

Mis tíos se conocieron en el mar helado de Odesa, lo digo porque ése era el primer paisaje que aparecía ante nuestros ojos. Ambos, por diferentes razones, se habían quedado solos. Mi tía, en el largo viaje desde España, perdió prácticamente a toda su familia; su madre murió en un bombardeo al llegar a Odesa y su hermano, todavía bebé, falleció porque lo amamantó una mujer tuberculosa que venía con ellos en el tren.

Cuando mi tía Pilar se estableció sola con su padre en Odesa, éste se sumió en una fuerte crisis depresiva; en el invierno sacaba su silla de la casa y miraba el mar helado como si quisiera hacerse parte de él. Transcurrieron diez años para que pudieran salir de ese frío, pero mientras tanto mi tía se las arregló para sobrevivir. Cuando contaba eso, sentíamos un gran respeto por ella y la reverenciábamos instándola a que

siguiera hablando porque sabíamos, además, que empezaría inmediatamente a contar la historia de cómo conoció a mi tío Samuel en el hospital mientras éste sonreía levemente.

Mi tío era uno de los pocos médicos refugiados que se quedaron hasta el final, pese al program; además de haber sido exento del servicio militar por una lesión, su mujer lo había dejado por un oficial ruso. Él era polaco y pese a que era un médico muy bueno que tocaba el violín con una gran sensibilidad, había perdido el interés por todo. Ella había huido con el oficial reprochándole que no le importaba lo que estaba pasando. "Pero ¿a quién podía interesarle esa guerra?", decía mi tío, melancólico e irónico a la vez. Todos nos reíamos y ellos se estrechaban las manos como en un pacto secreto. Mi tía lo conoció porque a los veinte años empezó a trabajar con él en el hospital debido a que estuvo llevando allí a su padre muchas veces hasta que lo tuvo que dejar internado. Durante ese lapso, los tíos vivían tan absolutamente inmersos en la vida y en la muerte de los otros, y en el peligro de los bombardeos continuos, que se habían olvidado de sí mismos. No reconocían sus propias emociones en ese mar de gritos que a veces era el hospital a falta de analgésicos. A mí me gustaba pensar en ese momento en que los tíos parecían predestinados a estar juntos sin saberlo. En ese entonces el tío Samuel dormía con una enfermera y, según su propia confesión, mi tía nunca le había pasado por la cabeza. Ella se la pasaba pensando en lo que harían ella y su padre al terminar la guerra y regresar a España; pero fue precisamente la noche de la muerte de su padre lo que los unió. Mientras el padre de ella agonizaba plácidamente en el cuarto contiguo, sólo murmurando a ratos que ese mar helado era una gran desgracia, Samuel le contó muchas cosas tratando de distraerla y consolarla. Le contó que nunca recordaba sus sueños pero que hacía un mes había logrado acordarse, por un detalle del delantal que ella utilizaba, de que la había soñado. Ella era en el sueño una imagen imprecisa que se acercaba caminando en medio de una tormenta de nieve.

Los recuerdos que ellos evocaban juntos en aquellas comidas nos hacían suponer que esa noche en la que el tío le confesó a la tía que no recordaba sus sueños, era la noche del origen, del deshielo; porque a partir de eso mucho de lo que decían, aunque fuera muy trágico —por ejemplo, el nacimiento de la prima Sara en medio del bombardeo del hospital y la huida con mi tía y la bebé en la camilla— parecía colorearse y acalorarse a tal grado que los tíos empezaban a reírse como tratando de alejarse; pero lo que decían sometía

la atención a un vaivén irresistible cuya intensidad iba marcada por esos estallidos de risa. Yo pensaba entonces en cuando uno se mete al mar a saltar y a pasar las olas por dentro, la espuma con la que cada ola estalla era similar a esos accesos de risa y después, ese quedar pendiente esperando la ola siguiente, queriéndose salir y sin poder a la vez hacerlo.

Cuando anochece los tíos empezaban a ver sus relojes entre apenados y nerviosos; miraban al techo como pidiéndole perdón a Dios por haber detenido el tiempo a su favor. Bueno,

eso es lo que pienso ahora. Evadían las constantes invitaciones a que se quedaran a cenar y todos nos despedíamos de ellos como si se fueran a un largo viaje. Cuando nos volvíamos a encontrar en el año, parecía que habíamos olvidado por completo el acontecimiento. Como si esos tíos que venían a la casa a platicar informalmente algún día de cada año, no fueran los mismos que encontrábamos socialmente. Como si éstos fueran también los encargados de representar a los verdaderos tíos en ese día de deshielo auténtico.



Jean Dubuffet: Léautad (1946).